

modo de que el asunto fuese llevado á buen fin, todos le desahuciaron y le dieron por imposible la impetración de las gracias suplicadas á la Santa Sede, sin embargo de lo cual, lleno de fe y de piedad, pronosticó que Dios tocaría el corazón del Sumo Pontífice. Así sucedió en efecto, correspondiendo esta gloria á Benedicto XIV, según diremos en su lugar respectivo.

Capítulo X

Escritores de la Aparición

POR el año de 1735 acertó á venir á Nueva España el caballero Botusini, milanés, que llevado de sus aficiones, pudo hacer un gran acopio de mapas, canciones y manuscritos de los indios en lenguas castellana y mexicana. En su *Museo* nos dejó noticia puntual de todos ellos, especialmente de una relación *de la admirable aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, escrita en uno y en otro idioma.*

Perdióse aquella rica colección de resultas de la presa que hicieron en ella los corsarios ingleses al ser conducida á España en el navío nombrado *La Concordia*, y del embargo que se hizo á aquel erudito extranjero por un mal entendido celo.

D. Fernando de Alva poseía un cuaderno escrito con letras de nuestro alfabeto en lengua *nahoa*, cuyo título era, traducido al castellano:

«Con gran asombro apareció la celestial Reina y Señora Santa María, nuestra amada Madre de Guadalupe, aquí en esta gran ciudad de México, donde llaman Tepeyac.»

Según el P. Florencia, este papel fué el mismo que publicó con su nombre el Licenciado Luis Laso de la Vega, en 1649; consta de 17 fojas en cuarto.

Afirman lo mismo Tanco, Cabrera y Botusini, y este último señala varios manuscritos en lengua *nahuatl*, todos antiguos y referentes á la misma Aparición.

El primer escritor que imprimió una historia de la Virgen de Guadalupe, fué el Licenciado Miguel Sánchez, criollo, de escogidas prendas y gran orador sagrado. Fué generalmente estimado por su elocuencia, sabiduría, ingenio y por la bondad de sus costumbres. Tituló un libro: «Imagen de la Virgen María Madre de Dios, de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México, celebrada con la profecía del cap. 12 del Apocalipsis: á devoción del Br. Miguel Sánchez, presbítero, con licencia y privilegio en México, en la imprenta de la Viuda de Bernardo Calderón, año de 1648; consta de noventa y seis fojas en cuarto.»

Es una historia panegírica en que la relación del suceso aparece truncada con ingeniosos y eruditos conceptos.

En 1660 publicó una relación puramente histórica el Padre Mateo de la Cruz, que, según Florencia, *es la más bien escrita relación del milagro.*

Se imprimió en Puebla de los Angeles, anónima primero y después con el título de «Relación de la milagrosa Imagen de la Virgen de Guadalupe de México, sacada de la historia que compuso el Br. Miguel Sánchez, por el P. Mateo de la Cruz: á devoción del doc-

tor D. Juan García Palacios, doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Puebla de los Angeles, impresa en ella, año de 1660.»

Se imprimió en Madrid por devoción del Sr. D. Pedro Galvez, del consejo de S. M. en el de Indias, año de 1662.

Se hizo una tercera edición en México, calle de la Palma, año de 1681 y una cuarta en Madrid en la colección de opúsculos guadalupanos, á expensas de los señores Torres, año de 1785, en la oficina de Lorenzo de San Martín.

Florencia dice que á esta relación debe lo más sustancial de su historia.

Salió después otra historia titulada: «Origen milagroso del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, extramuros de la ciudad de México. Fundamentos verídicos con que se prueba ser infalible la tradición que hay en esta ciudad, acerca de la Aparición de la Virgen María Señora Nuestra, y de su Milagrosa Imagen.»

La relación es la misma que el Licenciado Luis Becerra Tanco hizo en la famosa información de 1666, que se imprimió en el mismo año en la oficina de Bernardo de Calderón. Fuera de la historia de la Santa Imagen, referida clara y sucintamente en estilo grave y enérgico, se agregan otras muchas noticias que acreditaban la erudición de su autor, y conducen á la plena y exacta probanza de la tradición.

Esta misma relación aumentada por su autor, salió póstuma en México en 1675 porque habiendo fallecido Tanco en 1672, el Dr. D. Antonio Gama solicitó del hermano del difunto permiso para imprimirla; la dedicó al Arzobispo Fray Payo Enríquez de Rivera, con el título de

«Felicidad de México en el principio y milagroso origen
 »que tuvo el Santuario de la Virgen María Nuestra Se-
 »ñora de Guadalupe; extramuros de la ciudad de México
 »en la Aparición admirable de esta Soberana Señora, y
 »de su prodigiosa Imagen. Sacada á Luz y añadida por
 »el Br. Luis Becerra Tanco.»

La reimprimió en Sevilla, con estampas, Tomás López de Haro, en 1685, y esta fué la tercera edición.

Hizo la cuarta, consagrándola á Carlos III, la Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe, fundada y establecida en Madrid, y la quinta está en la colección de opúsculos guadalupanos, que ya hemos mencionado.

Sigue á esta historia la que publicó el P. Francisco de Florencia con el título siguiente:

«Estrella del Norte de México aparecida al rayar el
 »día de la luz evangélica en este Nuevo Mundo, en la
 »cumbre del cerro del Tepeyac, orilla del mar tezcucano
 »á un natural recién convertido, pintada tres días des-
 »pués en su tilma ó capa de lienzo delante del Obispo y
 »de su familia, en su casa obispal, para luz en la fe á los
 »indios, para rumbo cierto de los españoles en la virtud,
 »para serenidad de las tempestuosas inundaciones de la
 »laguna, en la Historia de la Milagrosa Imagen de Nues-
 »tra Señora de Guadalupe de México.»

Según el gusto de la época no era hombre ingenioso el que no llenaba con alegorías como las contenidas en el pomposo título que precede los cuatro ángulos de la carátula de su libro. Cuando no ponía más que un rótulo claro, simple, sencillo, quedaba deslucido el autor delante del vulgo de los *doctos*, porque era notado de pobreza de inventiva y falto de imaginación.

La edición se hizo en Barcelona en 1741 en la imprenta de Antonio Velázquez, y se reimprimió en la colección de opúsculos guadalupanos.

Es una obra muy exacta y apreciada.

En 1669 se imprimió en la oficina de la Viuda de Bernardo Calderón un poema latino en alabanza de la Imagen, con el título de *Poeticum veridarium*, su autor don José López de Avilés.

Florencia dice de este poema «que los dísticos eran hijos del erudito genio de su autor, y la obra toda un trabajoso empeño y desempeño de su devoción.»

En la misma imprenta y en 1680 se dió á luz otra obra poética intitulada: *Centoniam virgilianum*: su autor el Licenciado D. Bernardo Riofrío, canónigo de la catedral michoacana.

Florencia dice que sólo el estudio y erudición copiosa del autor, pudo emprender tal obra y acabarla tan perfecta.

En el año de 1695 se publicó en las prensas de Juan José Guillermo Carrasco, una canción real histórica de Guadalupe, su autor D. Antonio Morales Pastrana; consta de treinta y cuatro páginas y otras tantas estrofas, de regular mérito poético.

Otro poema sagrado y épico impreso en México en 1668 y reimpresso en 1680, publicó D. Carlos de Sigüenza y Góngora, con el título de la *Primavera indiana*, escrito en octavas reales.

Después de más de medio siglo de silencio, las letras mexicanas produjeron otro poema en octavas por los años de 1729, su título, *La Octava maravillosa*, y su autor el P. Francisco de Castro, Florencia le llama poeta inimitable y D. Cayetano Cabrera dice «aunque al-

»gunos pensaron que escribió en griego, sin duda por la
»oscuridad de su estilo, por eso mismo fué el Homero
»de los poetas mexicanos.»

El clérigo D. Cayetano Cabrera y Quintero, presbítero del arzobispado de México, dió á luz en esta ciudad, en la imprenta de la viuda de Hogal, año de 1746 un tomo en folio con el título de *Escudo de armas de México*, dedicado á Fernando VI.

D. Cayetano Cabrera no sólo fué sectario del culteranismo, sino *cultipicaño*, porque su estilo era duro, escabroso, y algo mordaz. Eran también pésimas su construcción y sintaxis cuajado de *inclusas* y *paréntesis* prolijos, epidemia general en su tiempo, y de la cual no podía curarse nadie á expensas de las luces de su propia y solo ingenio: antes sucedía que mientras más brillantes aquéllas, entraban éstos con mayor riesgo de padecer un mal contagioso. Pero, ¿qué caudal de preciosidades no están envueltas en este lodazal, si se quiere llamar así el libro de Cabrera, como llamaba Virgilio al de Enio? Por tanto debe tomarse el trabajo de buscar las perlas el que gustara de enriquecer con ellas sus escritos guadalupanos.

El *Zodiaco Mexicano*, es obra póstuma del P. Florencia, y una historia general que comprende la de todas las Imágenes milagrosas del reino de la Nueva España.

En ella habla de dos imágenes de Nuestra Señora de Guadalupe halladas por los barreteros de minas, entalladas en dos piedras de las que llaman de la *Cata* y de *San Lorenzo* en Guanajuato. Bartolache se burla de esas noticias que traen y confirman Florencia y Oviedo, estimados por su sabiduría y veracidad.

El caso sucedió de esta manera: el dueño de la mina

de San Lorenzo, D. Tomás Gorostiaga, por el año de 1733 había hecho á la Virgen de Guadalupe una limosna de setecientos cuarenta pesos; poco después hallaron los barreteros una piedra en la mina que trabajaban, con la Santa Imagen de Guadalupe, perfectamente figurada, y á la cual tuvo Gorostiaga gran veneración mientras vivió: á su muerte la dejó á su mujer y por la de esta se ignora su paradero. Oviedo consultó sobre el suceso al P. Sardaneta, jesuita, natural de Guanajuato, quien le contestó que era muy cierto, y que años antes se había encontrado otra imagen semejante en la famosa mina de la *Cata*.

D. Teobaldo Antonio de Rivera habla también de este prodigio y no se comprende por que Bartolache pudo burlarse de lo que afirmaron sujetos tan respetables.

En el año 1737, publicó en México D. Bernardo Salvatierra una Historia en verso de la Imagen milagrosamente aparecida, de la Madre de Dios de Guadalupe; su autor fué mexicano, alumno de su Universidad y poeta *culto* y docto.

En 1756 se dió á luz una obra titulada «Maravilla americana y conjunto de maravillas observadas con la dirección de las reglas del arte de la pintura, en la prodigiosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, por D. Miguel Cabrera, en la imprenta del real y más antiguo colegio de San Ildefonso.» A este libro hemos hecho numerosas referencias en los capítulos que preceden.

Fray Juan de Luzuriaga de las provincias de Cantabria y de Valencia, comisario general de Nueva España, en su historia de Nuestra Señora de *Aranzazu*, impresa en 1686, habla de Nuestra Señora de Guadalupe, otro

tanto hizo el Padre Cisneros en su libro referente á Nuestra Señora de los Remedios.

Imposible nos sería citar el sin número de sermones que relativos á la Imagen de Guadalupe han sido en todo tiempo impresos, así como las poesías sueltas que son innumerables, y pasamos á ocuparnos con la mayor brevedad posible, de los escritores guadalupanos extranjeros.

Es el primero de ellos el P. Juan Eusebio Nieremberg, jesuita de origen aleman y nacido en Madrid: su relación es de tanta exactitud y autoridad que mereció que de ella se incluyese un testimonio en el proceso de las informaciones recibidas en el año de 1666, enviadas á la Santa Silla, con la justificación del milagro guadalupano.

Fray Antonio de Santa María, en su *Iglesia triunfante española*; el Padre Juan de Alva, peruano, en su *Cielo estrellado de María*, Fray Antonio Daza, en su *Discurso sobre la Purísima Concepción*; Fray Pedro de Alva y Astorga, en su *Militia contra militia*, impreso en Lovaina en 1663; el Padre Cristóbal Miralles, en su *Anagrama de Santa Rosa de Santa María*; el famoso pintor D. Antonio Palomino, en su *Museo Pictórico*, y otros muchos escritores españoles, hacen en sus obras mención del milagro Guadalupano con la entusiasta piedad que inspira á todo espíritu cristiano.

El italiano D. Anastasio Nicoseli, extrató en Roma la Historia de Guadalupe, de los papeles remitidos en 1663 y 66 á la Sagrada Congregación de Ritos.

Se imprimió en Roma en 1681.

El P. Guillermo Gumopemberg, jesuita flamenco, en su bellísima obra intitulada *Atlante Mariano*, trae la re-

lación de Nuestra Santa Imagen, y considera el sagrado lienzo como el más inestimable tesoro de México.

El caballero Lorenzo Botusini Benaducci, señor de la Torre y Hono, publicó en Madrid en la imprenta de Juan de Zúñiga una idea de una nueva historia de la América Septentrional, y así mismo de la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe.

Entre los historiadores de la conquista de Nueva España que han hecho referencia al Santuario Guadalupano, merece el primer lugar Bernal Díaz del Castillo, tanto por su justa fama de *verídico* cuanto porque sabida es su aversión á escribir milagros. A pesar de esta aversión no pudo por menos de decir en su Historia de la Conquista lo siguiente:

«Miren los curiosos lectores la santa casa de Nuestra Señora de Guadalupe, que está en lo de Tepeaquilla, donde solía estar sentado el real de Gonzalo de Sandoval, cuando ganamos á México; y miren los santos milagros que ha hecho y hace cada día, y demos gracias á Dios y á su bendita Madre Nuestra Señora por ello, que nos dió gracia y ayuda que ganásemos estas tierras donde hay tanta cristiandad.»

Otro historiador de Nuestra Señora que hace mención y no muy de paso, de la Guadalupana de México, es el P. Fray Agustín Betancourt en su crónica de la provincia del Santo Evangelio: narra allí el milagro de la Aparición ajustándose á la tradición conforme la dejaron escrita Sánchez, Tanco y Florencia.

Mucho se ha censurado y debatido acerca del silencio que el P. Fray Juan de Torquemada guardó en su *Monarquía Indiana* sobre el milagro Guadalupano, y no ha faltado quien llegase á atribuirlo á mala fe; pero en pri-

mer lugar el asunto de su obra era sobradamente profano para que en ella pudiese haber en su justo lugar la historia del milagro, y en segundo son muy numerosas las citas que hace del nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, para que pueda ser fundado el cargo injusto que ha hecho el susodicho historiador.

Capítulo XI

Continúa comprobándose la tradición

EL milagro guadalupano está de tal modo comprobado por la tradición, que con sólo ella nada perdería de su crédito, aun cuando nadie se hubiese ocupado de escribir su historia y de relatarnos sus circunstancias.

Ninguna de las tradiciones del Nuevo Mundo puede competir en antigüedad con lo tocante á la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe.

A los diez años de conquistado este dilatadísimo reino, cuando aun humeaba la sangre derramada en las luchas guerreras y apenas iban naciendo á la fe los indios, se dejó ver la Santísima Virgen, en medio de ellos, como Madre y protectora de esta nación.

A los indios y no á los españoles se apareció, y arraigándose entre ellos la tradición, de las bocas de Juan Diego y Juan Bernardino, pasó la relación del milagro á